

VIDA
MANCHEGA



NUESTRO PADRE JESÚS DEL PERDON

Preciosa y artística imagen que se venera en su Santuario de Manzanares como Patrono de la Ciudad.
Escultura de principios del siglo XVII, de ignorado autor.

© Biblioteca Nacional de España

VIDA MANCHEGA

REVISTA ILUSTRADA

Información gráfica, Literatura, Arte, Ciencia, Industria, Comercio, Agricultura, Actualidades.

Se publica todos los Jueves.

En todos los números publicamos informaciones gráficas y una sección de "Actualidades", con los asuntos más importantes en las distintas manifestaciones de la vida Española y especialmente de nuestra Región Manchega.

Vida Manchega ES EL PRIMER PERIÓDICO EN SU GÉNERO, EDITADO EN LA REGIÓN

Reclamos, Gacetillas, Comunicados, Balances, etc., á 1 peseta línea en las primeras páginas del grabado y á 50 céntimos en las últimas. Son de cuenta del interesado el valor de los grabados que se utilicen para los artículos que en el texto se inserten, quedando de propiedad de la Revista.

Anuncios telegráficos: por 15 palabras 50 céntimos y cada palabra más 5 céntimos por inserción. Contratando un año se emplea letra distinta.

Informaciones particulares gráficas. Fotografías y Dibujos á precios convencionales; ó facilitados por las entidades anunciadoras.

TODA LA CORRESPONDENCIA Á

Enrique Pérez Pastor

Caballeros, 4. - CIUDAD REAL

LOS ANUNCIOS SE PUBLICAN ALTERNATIVAMENTE EN LAS RESPECTIVAS PLANAS, SIN OBLIGACIÓN DE LEGAR

NÚMEROS DE MUESTRA, GRATIS

Precio de suscripción

CAPITAL

Un trimestre... 2 ptas.

PROVINCIAS

Un semestre. 4 ptas.

EXTRANJERO

Un año... 10 francos

NUMERO SUELTO

15 CÉNTIMOS.

Para vendedores
y Kioscos

10 Ejemplares 1 peseta.

Para propaganda de
empresas anunciadoras

100 Ejemplares 8 pesetas.

Los pagos son por anti-
cipado.

Tarifa de anuncios

Por contrato de tres meses quedando de hecho renovado por igual tiempo de no avisarse en contrario.

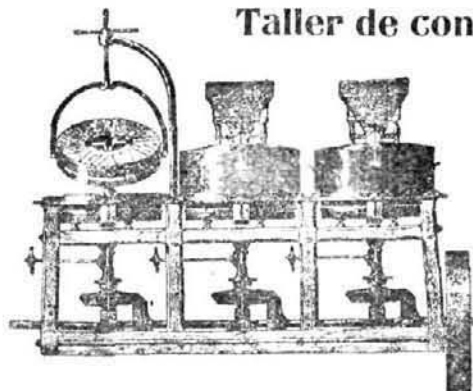
	Interior	Cubierta
	Plus.	Plus.
1 Plana...	100	150
2 ^a de id.	75	125
3 ^a de id.	60	100
4 ^a de id.	50	85
5 ^a de id.	40	75
6 ^a de id.	35	60
7 ^a de id.	30	50
8 ^a de id.	20	35
9 ^a de id.	15	25

ANUNCIOS Á DOS TINTAS
DESDE CUARTO Á UNA
PLANA, DOBLE PRECIO

Anuncios por menos tiempo de un trimestre á 25 céntimos línea por inserción.

En contratos por un año, son de cuenta de VIDA MANCHEGA los grabados para los anuncios, previa la entrega de originales, de la entidad anunciadora.

Para el extranjero, el precio se entiende por francos.



Taller de construcción y reparación de toda clase de maquinaria y fundición de bronce

Especialidad en material é instalaciones de molinería.

¿Quiere V. montar su molino ó fábrica por alguno de los nuevos sistemas?

¿Quiere V. darle á su molino ó fábrica más fuerza de la que tenga? Monte V. un motor sin rival hidráulico que es hoy el último invento y el motor que más fuerza desarrolla en el mundo entero.

Este sólo podrá adquirirse en esta su casa. (Su precio es muy reducido). Pida V. precios y presupuestos que se dan gratis.

MATÍAS GUTIÉRREZ

Paseo de Cisneros, 33.-Ciudad Real

DE NUESTRO
TIEMPO

En marcha. De antemano, como quien hace las cosas después de adobar perfectamente la levadura de las ideas, en el plano de la vida imaginamos una vereda rectilínea, y por sobre ella trazamos una ruta segura. A poco de nuestra salida hicimos alto, y quietos ya tremolamos el banderín de la primera estación. Todos los viajeros anhelan unos breves paréntesis de reconciliación con las cosas, un alto en su viaje para apagar la sed, aplacar el hambre, reconstituir las energías perdidas, y dar motivo al espíritu para que experimente nuevas sensaciones, y sienta nuevos goces. Hasta las gentes nómadas, sin patria y sin hogar, arrastran tras de sí esa necesidad que apuntamos.

El descanso nuestro no obedeció a pérdida de energías; no puede haber agobio en cuerpos recios ni en almas bien templadas. Sin tropiezo, aunque adiciando contratiempos, habríamos llegado hasta el término del viaje. Pero quisimos amarrar las impacencias, porque un alto en el llano, a raíz de la salida, debía ser para nosotros algo así como el pretexto que ha de motivar un examen de conciencia, muy chitito, mirando para adentro, y, al propio tiempo, una observación externa, a flor de labio, de todos los otros, si es que ellos se prestan a que conozcamos sus juicios, sinceramente, espontáneamente, noblemente, siquiera una vez.

Cierto, que, quien no sabe gozar de la naturaleza, puesto en el trance de coronar una montaña se detendrá docenas de veces, antes de llegar a la cumbre, pretextando que admira el panorama que se ofrece a sus ojos, siempre más lejos. Pero no es menos verdad, que si quien se entrega a los ejercicios de alpinismo es un enamorado de la belleza de los campos, esté o no cansado hará un alto, y otro, y muchos más en su ascensión a la montaña, para gozar de todas las maravillas que se le adentran por los ojos hasta estremecer su alma.

En ocasiones, la vista domina perspectivas admirables, que, al reflejarse en la retina obran el milagro de enter-

necernos, unas veces, y otras sirven como de acicate para que el espíritu se fortalezca. En un alto, al pie de una estribación del camino, o junto al tronco de un álamo, tal día sentimos que cruzaba una hora romántica, y que por todo nuestro ser florecía, instintiva, la savia agríndice del sentimentalismo. Se trazó en nuestros labios una sonrisa, o se engarzaron en los párpados unas lágrimas. ¿No supisteis nunca, nunca, del placer del descanso, y de la semi-inconsciencia del descanso, sobre una peña, a orillas de un caminito estrecho, rebar-

hemos querido hacer un alto. Y empujados sobre las puntas de los pies, con la diestra a modo de pantalla, guardando atención al gran concierto de la vida, conscientes, pusimos empeño en avizorar la lejanía, porque allá, muy lejos, más lejos de lo que alcanzan los ojos, está la estación de destino, el triunfo quizás, el descanso definitivo. Aquí, un poco más distante, tal cerro que ha de dificultar nuestra marcha, cual riachuelo que parte en dos el sendero por nosotros elegido. Pero no importa. Mientras duró el paréntesis de reconciliación con las cosas, aprendimos este recodo, estotra curva; al remate de todo camos en la cuenta de que por todas partes se va a Roma.

Y en verdad sea dicho, grandes provisiones de alentador optimismo irán ahora con nosotros, al reanudar la prometida labor. Tal cosa y ninguna otra se traduce de la expresión de todos los rostros amigos que, después de la primera salida, vamos encontrando al paso. Hicimos alto, y ello nos ha servido para pensar; para conocer el pensamiento de los demás también; para orientarnos definitivamente, sumado el fruto propio y el ajeno. No fue cosa de quimera la salida de VIDA MANCHEGA; cosa de enredos fue, y muy del gusto de todos si son ciertas—¿cómo no!—sus confesiones. Las frases de aliento, las manifestaciones de entusiasmo, se nos han entrado por casa en más crecido número del que pudiéramos ambicionar. Gracias a todos. Si supieras, lector, que intenso placer es este que nos anima, ya

dispuestos a no interrumpir la marcha, de frente a la luz, por el camino rectilíneo de que antes hablábamos... Si haces memoria, si recuerdas aquellos instantes de tu vida, cuando para admirar la belleza que se extendía a tus pies hacías alto en la ascensión a tal montaña, vagando tu espíritu por las más altas regiones del arte, de la vida después, y del más allá luego, imagínate ambos placeres semejantes, y no te rías, serena y eleva tu imaginación a nivel de la nuestra. Nosotros, los de VIDA MANCHEGA, vamos a deambular muchas veces por esas regiones. Siguenos, si te place. Ayúdanos si puedes.

AVICEO.

NUESTROS COLABORADORES



D. RAFAEL RAMIREZ DE ARELLANO
Digno Secretario del Gobierno Civil de Ciudad-Real, Cronista
de Córdoba, y autor de varios libros de gran mérito
literario e histórico.

bado de verbazales, a uno y otro lado verdes campos extensísimos que al perderse muy lejos parecía que se besaban con los cielos? ¿Ni tampoco habéis gozado nunca, nunca, ante la grandeza infinita de la obra suprema, en el picacho más alto de una montaña, bajo un baño de sol, todo inmenso, minúsculos vosotros? Y si gozásteis de todo eso, ¿no se os ocurrió pensar en la vida, en lo que va de vida, en lo que falta por vivir? Pues si así fué, ya teneis explicado nuestro caso.

Firmes nuestros primeros pasos, con orientación fija, como el peregrino, como el viajero errante, como el nómada sin patria y sin hogar, también nosotros

AGUA DE NIEVE

Lector: Si guiado por los elogios de clementes gaceteros a novelistas nada recomendables, leiste las enaltecidas páginas y el desencanto se apoderó de ti al mirar como en ellas toda se apreciaba ruin —fábula, tendencia y léxico— no desaproveches la ocasión de conocer *Agua de Nieve* para desquitarte.

Arisca unas veces, demasiado fácil otras, la fama, caprichosa por hembra, casi nunca se deja conquistar en sazón oportuna. Con tanta frecuencia vemos desvanecerse nombradías prematuras como nos sorprende de la tardanza con que la crítica otorga su parábola a ciertos autores notables desde sus primeros ensayos.

La novelista de *Agua de Nieve* ha fortalecido su crédito literario de una manera paulatina, que es la más segura. Su tomo de versos, impreso hace algunos años, tiene los hechizos de una dulce promesa. Con la publicación de *Trozos de vida*, obra donde hay cuentos como *La riada*, bueno entre los mejores, Concha Espina demostró cuál era su más fecundo campo: la prosa.

No satisfecha la hoy celebrada escritora con sus triunfos de cuentista, resolvió novelar. Y aún recordo la impaciencia con que sus lectores aguardábamos *La niña de Luzmela*. Sentíamos esa zozobra tan frecuente en los admiradores de un poeta cuando anuncia su propósito de lanzarse a escribir comedias. ¿No le reputamos artífice de la rima? ¿Qué más pretende? Dar motivo de regodeo a la envidia si el nuevo rumbo le conduce al naufragio. Son los géneros literarios muy distintos entre sí para tomar uno y dejar otro, a usanza de ministro español cuya soberbia le decide a encargarse cada mes de una cartera para fracasar en todas. Pero *La niña de Luzmela* no sólo dispuso aquellos temores: nos trajo el convencimiento de que Concha Espina sabía producir bellísimas novelas. Quien así dialogaba y describía, quien tal agudeza demostraba en el estudio de caracteres y de tan pulcro lenguaje servíase, bien iba por el nuevo camino.

A poco, *Despertar para morir*, constituye otro memorable acierto de la novelista que hoy vuelve a merecer alabanzas fervorosas porque ha escrito y encadenado con gran destreza unos capítulos llenos de amenidad y de lógica y donde la precisión, transparencia y armonía del vocabulario, jamás se interrumpen.

Primoroso libro este de ahora. En *Agua de Nieve* satisface todo: la manera de sentir las alegrías y tristezas de los valles y de la marina; la pintura de los diversos parajes a que asistimos con la protagonista; los comentarios a las costumbres del pueblo ribereño; la descripción de la galerna que pone fin a la vida de Velasco; y en especial el arte de la escritora para forjar el tipo interesantísimo de Regina.

Esta mujer tornadiza, bella y ególatra, nacida para subyugar y para ver en torno suyo la muerte y acompañarse del hastío, es una de las más afortunadas creaciones de la novela española en lo que va de siglo.

No es perversa Regina, ni aún mala; es siniestra. A su lado no concebimos la dicha. Eso nos hace pensar que su marido se ahoga muy a tiempo. El matrimonio de Regina y Velasquin trae a la memoria la afirmación de madama Stael en su trabajo más famoso: «Hay en los matrimonios mal avenidos una cantidad de dolor que sobrepuja a todas las otras penas del mundo».

Además, la muerte de Velasquin es el trance que más enaltecimiento le procura. El pobre hombre, al perder la vida en lucha con las olas, por mostrarse valiente a los ojos de su mujer, se agranda y nos mueve a piadoso cariño y a disculpar sus yerros y traiciones en batallas de amor.

Otro mérito excepcional hallo en *Agua de Nieve*. La visión de las costas y aldeas cantabras ofrece una exactitud asombrosa y no sugiere ni una sola vez remembranzas de los grandes prosistas del Norte. Quien haya peregrinado por tierras de Cantabria y leído al maestro Pereda y al estilista impecable de *Costas y Montañas*, ese diga si no debemos ponderar el sorteo de tamaño escollo.

Andrés González Blanco, el perspicaz crítico, piensa bien al decir que las obras literarias perduran cuando el estilo es bueno... Y pues Concha Espina valse de un estilo propio, limpio y gallardo, y en la frente lleva muy nobles pensamientos, su literatura placará siempre a los lectores cansados de arrinconar pedrestres engañosas como raro prodigio anunciadas.

LUIS BARREDA.

HISTORIAS CORTAS

EL NAUFRAGO

En la linde desolada de la ribera de un mar de ensueño, un hombre de faz marfileña y barba obscura, estaba sentado con los codos puestos sobre las rodillas y la cara apoyada en las manos. Inmóvil, con inmovilidad de esfinge, las espumas, como salivazos salobres que las aguas le lanzaran, al pegarse a su cuerpo le daban la apariencia de un pedrusco.

—Espero, dijo, que se compadezcan y vuelvan por mí. Yo estaba allá, en la otra orilla, en una tierra encantada llena de brisas que cantan, céfiros perfumados y naranjos en flor, y una tarde, cuando mi cometa suspendida en los espacios me hacía correr alegremente, se llegaron a mí hasta veinte anacebos rubios que se disputaban llevarme de bracerío. El uno cortó el hilo de mi cometa, el otro alargó mis pantalones, ese tocó mis labios e hizo brotar la seda negra de los bigotes, aquel me hizo beber un vino embriagante... y el último ¡ah! el último trajo de la mano a una virgen adolescente, blanca como las espumas, y como las espumas fugaz.

Entonces advertí sobre mi cabeza un cielo de zafiro, bajo mis pies un prado de esmeraldas; los ríos eran ríos de plata; las mariposas pedrerías del manto intangible de las auras; una fuente cayendo de una teja de barro sonaba con la dulzura pastoral de los caramillos...

Canté; canté al cielo majestuoso, las multitudes indiferentes que despiertan las nostalgias del amor, los muertos que nos dejaron su lado en el mundo... y canté a mi adorada, la virgen blanca y fugaz como las estrellas; díjela que era una flor de nieve crecida bajo el crepúsculo, que sus ojos ardían como lámparas en los templos, que su cabeza era un gramo de ensueño... Y cuando dejé de cantar me he visto en esta ribera, solo, porque la virgen se extinguió como las espumas y los donceles son marchados en un barco sin remos...

—Pues no volverán, porque no vuelven los veinte años. Toma esta flauta de caña y desaburre tus canseras.

LUIS TABLANCA.



Concha Espina.

DE LA GUERRA

Visión del campamento

Sabemos que allá, en una tierra inhospitalaria, luchan los hijos de España, con un enemigo artero, traidor, salvaje, que acecha rastreando y envía el plomo de sus fusiles sobre las líneas del ejército inesperadamente, bruscamente. De esos hechos de armas aislados, de esas emboscadas que se producen con intermitencia, tenemos conocimiento por medio de los relatos que nos hace la prensa. Activos corresponsales, cronistas competentes, periodistas que a la información prolija han dedicado sus afanes, nos cuentan como los defensores del pabellón rojo y grada saben morir como héroes, saben vencer como espartanos, saben defenderse como numantinos.

Es indudable que la pluma del periodista, que el apogeo brillantísimo de los medios informativos, ejercen en esto de las guerras un papel esencial, de culminante importancia. ¿Quién es el que, habiendo guerra, no busca con ansia la hoja impresa para conocer la suerte que pueda caberle a un conocido, a un deudo, a un amigo?

Se comprende fácilmente esa curiosidad; se trata de las vidas de nuestros hermanos. Ved ahí por qué alcanzó tanta popularidad el «Diario de un cronista» escrito durante la guerra de África de 1859, por el exquisito escritor Pedro Antonio de Maricón, de inolvidable memoria.

Pero ya hemos dicho que hoy la información periodística ha llegado a un adelanto maravilloso; acompaña a los relatos la impresión gráfica de los sucesos. Hoy se nos dice en prosa descriptiva como murió o venció un puñado

de valientes, é intercalado en el texto podemos ver cómo murieron o vencieron esos valientes. Les sorprendió la máquina del fotógrafo y luego la mano del fotógrafo trasladó a las cajas de la imprenta la escena tomada del natural.

Y el fotógrafo lo sorprende todo, lo mismo el momento horribles del combate, que la escena de una marcha, que la salida de un convoy, que un paisaje del campo, que un trozo del campamento.

Eso es lo que hoy da VIDA MANCHEGA en sus páginas. Un campamento, siempre presenta una bonita perspectiva. Sobre el llano, en la falda de una colina, en un valle, donde quiera que se posen las lonas cónicas, que de albergue sirven al ejército, dan una sensación de vida, de movimiento, de fuerza, de lucha; creemos hallarnos ante un éxodo, ante un pueblo nómada, aventurero, sonador, impetuoso, varonil, que trueca muy presto su descanso, en chocar de espuelas, en rebrillar de armas, en retumbar de cañones, en gritos de angustia ó de triunfo, persiguiendo la realización de un deseo de dominio, la reparación de una injusticia ó el castigo de agresiones inmotivadas.

Las madres de los soldados no verán nada de esto, bien lo sabe el cronista. Las madres manchegas al ver esa fotografía del campamento en nuestras páginas, repasarán una y otra vez el gráfico, queriendo adivinar que algunas de esas diminutas caras son las de sus hijos, los hijos que ellas besaron al partir y que creen perderán para siempre. Si los adivinan ¡cuanta su alegría! ¡Cuánta su satisfacción! No están luchando, están en el campamento, dedicados a las faenas propias del mismo.

Es un consuelo momentáneo para las

pobres madres. Ellas, si ven a sus hijos junto a la tienda de campaña sin el fusil en la mano, limpiando el correa ó transportando un balde de agua, ó rasgueando la guitarra, no se acuerdan de nada; olvidan que de un momento a otro el enemigo que acecha constantemente, hará que el soldado entre en fuego.

La vida ordinaria del campamento es un alto en las penosas operaciones de la guerra.

Hagan también las madres un alto en su dolor si por acaso se imaginan en la fotografía que publicamos al hijo que despidieron con besos y sollozos.

F. SASTRE MORENO.

EL ARBOL SOLO

En la herbosa colina
Te levantas enhiesto,
Como un bravo gigante
O un alto pensamiento.
Tienes toda la noble
Grandeza de un rey viejo,
Bizarro en el combate
Y altivo en el destierro.
Todas las tempestades
Tus ramas sacudieron.
Y en las noches de luna
Fuiste de plata hecho.
Sabes toda la horribles
Música de los vientos,
Y de las soledades
Sabes todo el misterio.
Arbol solo y gigante,
¿Qué lenguaje te hicieron
Entender en la sombra
Las noches del invierno?
Y ¿de qué penas hablas
En tus dulces lamentos
De aquellos días claros
Del verano sediento?
¿Qué dices tú a la tarde,
Cuando el sol va muriendo,
Y la brisa te mece
Con blandura de besos?
¿Cuál haces que parezca
Tu copa humo de incienso
Que en ofrenda se eleva
Para sahumar el cielo?
Y cómo sólo y alto,
No dá tu sombra miedo
Al que la busca, humilde
Rebaño de corderos?
¡Oh arbol gigante! ¡Oh roble,
Que vives solo y viejo!
¡Quien fuera entraña tuya,
Para ser agrio y recio!

J. MUÑOZ SAN ROMAN



DE MEHLHA. — San Juan de las Minas. — Campamento.

FOT. M. HUERTAS Y. M.

TRADICIONES

La severidad de las cosas antiguas aparece ostentosa entre la galanura alegre de los festivales innovados. Los pueblos que con públicos y solemnes esparcimientos, rebosantes de alegría, abren un paréntesis en su vida laboriosa para tener recompensa al trabajo de los días que se suceden lentos y como sin fin en la carrera del año, difícil es que olviden sus tradiciones.

En Ciudad Real el alma vieja vive junto a los muros de la Iglesia Catedral. Al santo templo van las almas de los lugareños, herederas del alma vieja de Villarreal, á refrescar y reverdecer con los aires húmedos de la nave alta el amor al vetusto hogar en el desierto manchego; á hundir su memoria en los pasados siglos y resucitar la pura raza de los antiguos pobladores del oncenio. Sencilla mística, trabajadora y guerrera.

La Virgen del Prado no es solo para estos habitantes la imagen de la Madre de Dios en uno de sus adorables misterios. Es el centro á cuyo alrededor ha girado la historia de la comarca en el comienzo de sus vicisitudes. Es la tradición, nervio de la ciudad, fuente de sus inspiraciones, foco irradiador de la luz que alumbra sus movimientos; porque las tradiciones son estímulos de la vida de los pueblos mientras no pierden la aureola de su gloria.

Al lado de la memoria de los antepasados, está la del antiguo cuadro, de marco despintado, de amarillento papel, con el retrato de la Fundadora, Patrona y Protectora de Ciudad Real cubierto de cristal con paño patinoso, que antaño no faltó en la casa de ningún vecino, que colgó de las paredes de las sencillas alcobas, junto á las camas donde morían los viejos consumidos por la edad, con la mirada puesta en la Virgen y una plegaria en los labios, convirtiendo con su agonía el tosco diseño del papel en preciada reliquia de familia que después de varias generaciones el lujo apartó de los sedosos y sensuales cuartos de dormir á los desvanes, á donde alguna vez llegan los restos de religiosidad perdida, desbordados en momentos de aflicción tremenda.

En Ciudad Real, lo típico, lo tradicional, está tan unido á las fiestas de la Patrona, que hasta los cantos y danzas genuinamente populares, se perpetúan solo al calor de los homenajes místicos tributados de tiempo inmemorial.

Cuando á la caída de la tarde tintinean las campanillas de plata bajo los arcos de la portada, se agita en los labios la copla clásica

Las campanillas suenan
La Virgen sale...
La Patrona del Prado
Ya está en la calle.

El canto típico del país, que por ninguna otra cosa fué evocado, surge ante el nimbo argentino de sonos suaves, y las notas manchegas que pausadas y monótonas recorren las gargantas, dan á los ojos la visión de todo un pueblo arremolinado al pie de las ventanas de un camarín, en torno de un tabladillo en que brillan los colores y los bordados de los trajes de gala, movedizos en la fiesta de la tierra á la luz de humosas antorchas.

Las seguidillas manchegas—que condensan en sus notas la íntima y adorable poesía del hogar, de las cosas cotidianas, conocidas, familiares de los atezados sasegados, de las emociones suaves, de los sentimientos tranquilos—hubieran muerto olvidadas, si cada año, en noche esperada con anhelo, no se alza el tabladillo y la Pandorga aromase el céfiro de las noches de verano con el perfume de las flores del Prado donde la primera iglesia elevó su cúpula al azul.

Los jóvenes frívolos, van á la Pandorga con sonrisa irónica, despectiva. Los arrugaditos ancianos van con sonrisa plácida. Para el tiempo y los que fueron jóvenes sonríen plácidamente, como sonreían los viejos.

Con porvenir de luto y presente de agotamiento y ruina, solo las memorias del ayer, vivido intensamente, dan á su corazón candido alborozo.

JACOBO MEJÍA.

Una fatal desgracia privó de la vida en Madrid, el día 24 de Marzo, al distinguido letrado, hijo de Ciudad Real, y muy querido amigo nuestro, D. Jacobo Mejía Sánchez.

Del suceso que ha impresionado hondamente a cuantos conocían y trataban al Sr. Mejía, han publicado extensos relatos los periódicos diarios.

Jacobo Mejía era muy estimado en esta capital, por las excelentes prendas de carácter que le adornaban y por su laboriosidad demostrada en los importantes cargos que desempeñó, no obstante ser muy joven.

Fué periodista experto, dirigiendo los periódicos *Heraldo de la Mancha* y *Diario de la Mancha*, en los que hizo campañas que fueron muy elogiadas por la opinión.

VIDA MANCHEGA rinde un tributo al malogrado paisano, publicando su retrato, y un artículo con su firma, al mismo tiempo que con estas líneas testimonia su profundo sentimiento y envía su más sincero pésame á la atribulada familia que llora tan inmensa desgracia.

Los poemas del llano.

Noche. Duermes un en-nieño de paz y mansedumbre la llanada manchega de los verdes triguales donde las mozas cantan sus bellas madrigales bajo un sol de verano que abraza como hombre.

Es la noche en el llano un poema silente: horas que pasan lentas, sin ruidos y sin voces, con las azadas quietas, inmóviles las hoces, descansando en la palma de la mano, la frente.

¡La noche en el llano! Estas noches del llano, como las de los trópicos, son solemnes, ensadas, y tienen el encanto de las cosas amadas y el misterio de cosas más allá de lo humano.

En las noches del llano la brisa inmóvil, quieta, les dice á los espíritus legendas ilusorias, y, en sus horas solemnes, cuenta lindas historias el alma de la noche al alma del poeta.

Hay calma en la llanura. Bajo el gran luminar de las estrellas de oro, que en las alturas brilla, de vez en vez el coro de las cigarras chilló á se esencha á lo lejos un clásico cantar.

Hay calma en el ambiente. En el gran lugarón de la Mancha, la luna se derrama plácida: unos novios se miran con ternura amorosa bajo los paredones de un rancho caserón.

Y en el patio empoderado de un labrador clemente, tras el cantar nocturno y el rogar de la madre, el mayor de los hijos, ya mozo, dice Padre, ahora cuenta la historia del señor don Quijote.

FERNANDO G. RUIZ.

Marzo de 1912.

EN CUENCA

se vende VITA MANCHEGA en la Travesía de Caballeros, num. 3.

AUTORES Y LIBROS

AGUA DE NIEVE, novela por Concha Espina. *Biblioteca Renacimiento*.

En otro lugar de este número publicamos un artículo referente á la última obra de la galanisima novelista de *Despertar para morir*.

DE MIS PARRALES, cuentos andaluces, por Arturo Reyes. *Sucesores de Hernando*. Madrid, 1911.

El Autor de *Cartuchera* sabe pintar magistralmente en prosa y en verso las costumbres de Andalucía.

Este libro, al que dedicaremos en estas columnas mayor espacio, es muy digno de la fama del preclaro escritor malagueño.

POEMAS LÍRICOS, por Manuel Camacho Beneytez, prólogo de Angela Barco.

Se trata del primer libro de un joven almagreño al que deseamos pronto y repetidos triunfos literarios.

Los lectores de nuestra Revista han tenido ocasión de saborear una poesía de Camacho Beneytez titulada *Sus Ojos*. Por ella pueden formarse idea del valor del libro.

VIDA MANCHEGA

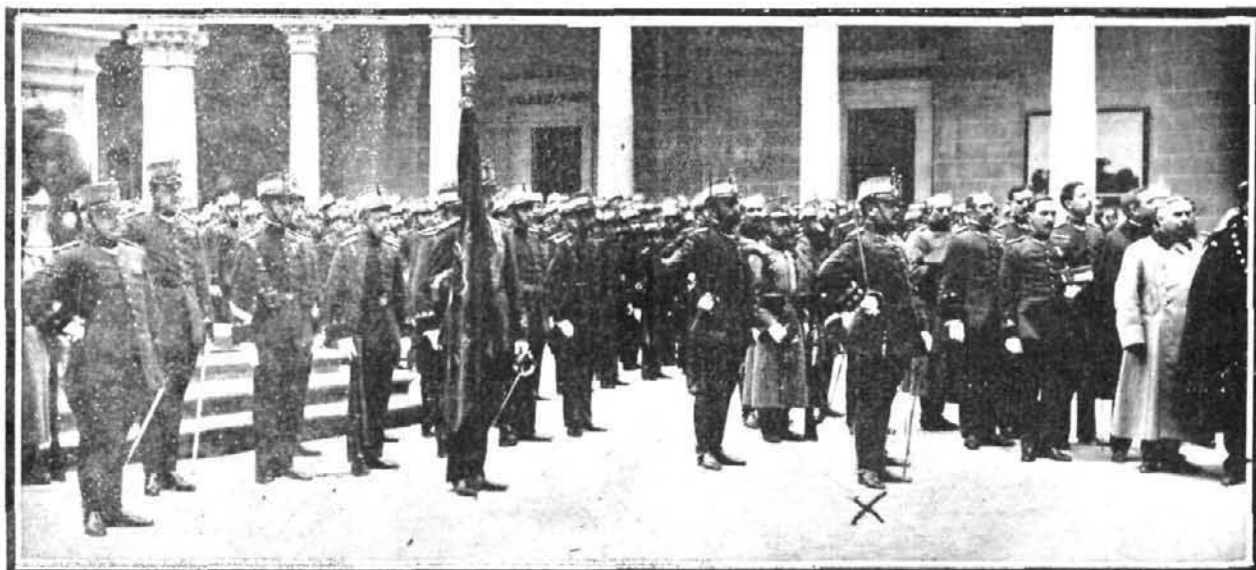
Ciudad Real 4 de Abril de 1912



DON JACOBO MEJÍA SÁNCHEZ

Ilustre abogado y periodista, hijo de Ciudad Real, fallecido en Madrid el 24 de Marzo último, víctima de un desgraciado accidente al descender de un tranvía en el Paseo del Obelisco.

NOTAS DE ACTUALIDAD EN LA REGIÓN

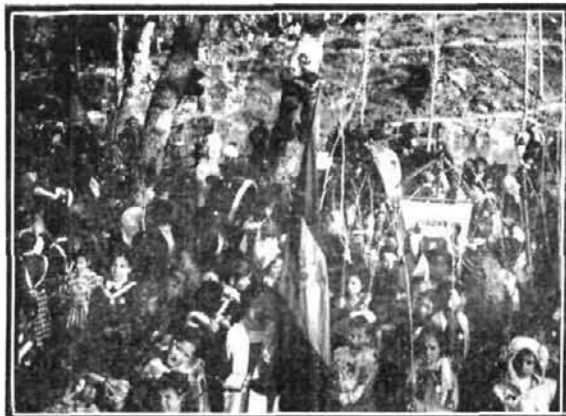


TOLEDO. El Coronel Sr. Martínez Anido. Nuevo Director de la Academia de Infantería.

FOT. V. M. POE K. RODRÍGUEZ



Don Manuel Izquierdo
Nuevo Presidente
de la Audiencia de Ciudad Real



Fiesta del Arbol celebrada en Cuenca con gran solemnidad el 14 de Marzo último

FOT. V. M. POE K. HUERTA



Don José Ramírez-Gárdenas
Nuevo Juez de Instrucción de
Ciudad Real



Personalidades que presidieron el funeral organizado por el Colegio de Abogados, en sufragio de D. Jacobo Mejía.



Alumnos de la Academia de Enseñanza de Ciudad Real, que hicieron su primera comunión el día de San José

FOT. V. M.

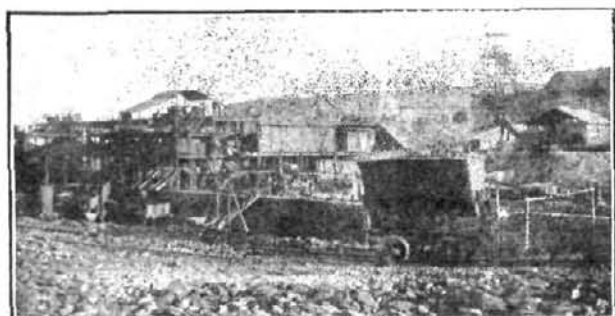


UNA BOMBA EN PUERTOLLANO



lugar + donde estalló la bomba, hiriendo gravemente á don Renato Baileur, Director de la Mina Argüelles y al Ingeniero D. Francisco Fontanals.

Coche que conducía á los señores Ingenieros heridos y al Jefe de Contabilidad D. Federico Martinot, que resultó ileso.



Cribas y muelle de carga de la Mina Argüelles, de Puertollano.



Casa y jardín próximo á las Minas, donde habita el Director.

FOTS. V. M. POR V. RUBIO.



la herida Fermína Ramos y su sobrina la niña Angeles, que presencié la agresión.

SANGRIENTO SUCESO EN ALMAGRO



Sagrario Ramos y su madre Casimira Montero, heridas gravemente.



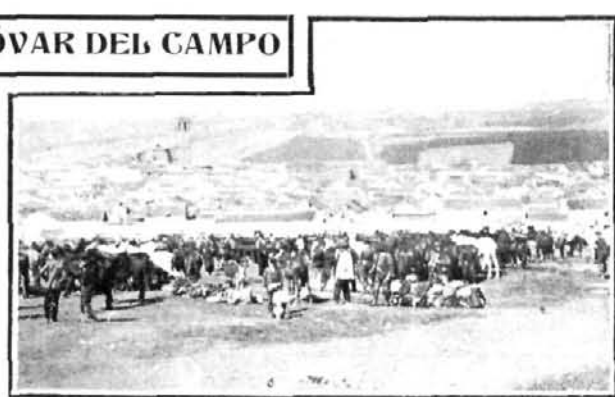
Julián Pedrero, autor de la agresión á Casimira Montero y sus dos hijas.

FOTS. G. GARCÍA.



Paseo principal de la feria en la Plaza de la Constitución.

FERIA EN ALMODÓVAR DEL CAMPO



Feria de ganados de gran fama en la Región Manchega.

FOTS. V. M. POR V. RUBIO.

CENTENARIO DE LAS CORTES DE CADIZ



PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN

Ceremonia de la lectura del Acta, presidida por el Excmo. Sr. D. Segismundo Moret y el Ministro Sr. Arias de Miranda.



Señoritas y niñas que tomaron parte en la ejecución del canto del Centenario.



CASA CONSISTORIAL
Efectos de la iluminación.

FOES, M. FUERTES PARA V. M.

MI TÍO JUAN MANUEL

Abuela Asunción me tenía un cariño sin igual; casi estoy por decir que me quería más que a todos los nietos juntos.

La pobrecita, ufana con mis notas en el viejo e inolvidable Instituto de la silenciosa capital de la provincia, quería quitar de los altares a los santos, tan reverenciados por ella, para que yo ocupara su lugar, pues más que santo iba a ser si seguía el camino que llevaba, camino de bondades y aplicación que había dado que hablar a aquellos venerables señores catedráticos que en mis primeros exámenes me daban tantas matriculas de honor como suspensos me propinaron luego.

Abuela Asunción y yo nos entendíamos perfectamente. Manchega castiza, enamorada de la tierra llana, oía embobada los elogios que yo hacía del muy admirable señor Don Quijote, esforzándose como ningún otro caballero; y cuando eran llegadas mis vacaciones, la buena abuelita, con aquella amabilidad que era su blasón de simpatía para todas las gentes del lugar, seducida por mis impetuosidades de manchego amante de las glorias de la tierrecita, me llevaba a la salona donde estaban los retratos de los familiares—, severos señores que fueron dignidades del clero y de la milicia,— y me decía:

—Mira, Ramoncico; si quisieras leerme un poco del *Quijote*...

Y yo leía y leía; y hasta llegaba a hacer comentarios y a mostrarme enardecido, loando las altiveces de D. Alonso en contra de los caminantes que no querían pregonar, aun sin haberla visto ni en pintura, la hermosura sin par de la garbada hembra del Toboso.

Entonces, cuando mi juventud se calentaba al fuego de las inolvidables aventuras, por siempre alabadas, abuela Asunción, emocionada, me besaba con ternura sin igual exclamando:

—¡Como te parecen a tu tío Juan Manuel! Yo creo que resucita en ti toda su vida; eres su mismo carácter y valdrás tanto como él.

De oír a abuela Asunción, amé con

toda mi alma a tío Juan Manuel, a quien yo no llegué a conocer.

Supe que había sido hidalgo como pocos, que socorrió a los que hubieron menester amparo, que peleó contra todos los que hacían malas acciones y que tuvo un amor supremo: la tierra manchega.

Creo que muchas veces, a hurtadillas de abuela Asunción, que no quería que nadie entrara en la salona si ellano iba también, yo visité la cuidada habitación y recé delante del retrato del magnífico señor don Juan Manuel Alvarado, mi tío.

Como a casa de la abuelita acudían las personas más principales de la villa, pues habéis de saber que abuela Asunción disfrutaba ricas rentas, que ¡ay! no llegaron a mí, se entablaron agradables conversaciones en las cuales me permitían intervenir dada mi fama de muchacho discreto, inteligente y estudioso, fama que, como las rentas de mi abuelita, no me acompañó más allá de mi primera juventud.

Una noche, el señor Rector, que era aragonés, se empeñó en llevar la contra a mi abuela en una discusión de carácter regional.

No había en España hombres como los aragoneses. ¡Cómo en España! Ni en todo el orbe tampoco.

Don Mauricio, el Comandante retirado, decía que sí, que eran muy noblotes los de Aragón, pero ¡caramba! los manchegos eran los manchegos; eso había que concederlo.

El que no intervenía en el pleito era D. Nicolás, el Médico; él era de donde vivía; no quería regiones, ya lo sabían, badajo; ¡pancho es el mundo!

Mi abuela estaba fuera de sí; no cedía por nada ni por nadie. ¡Y cuidado que nunca quería discutir con el señor Rector!

Pero, eso, no; la Mancha era la región indiscutible; los manchegos eran los solos; a ella que la dejaran de tozudez y de rectitud. Aquí, en su tierra, si que había integridad, y sentimientos generosos, y buenas acciones y hasta guapeza, si era necesario.

Como el señor Rector no daba su brazo a torcer y sonreía, dulcemente iró-

nico, cada vez que hablaba mi abuela, la adorable viejecita, tan santa, tan inmensamente buena, quiso hablar de un ejemplo admirado.

Y fué este hecho perteneciente a la historia de mi tío Juan Manuel.

—Ricardo, el hijo de Juan Manuel, cometió un desliz imperdonable. Ya saben ustedes que el muchacho era así, un poco alocado, amigo de las cosas ligeras, impulsivo, vamos, algo tarambana. Como Juan Manuel no se relacionaba con Pedro Parra porque este era de manga muy ancha para todos los asuntos....

Aquí el señor Rector interrumpió intencionado, con cierta picardía.

—De dónde era Pedro Parra, señora?

Mi abuela se cobró de la interrupción:

—No era manchego; creo que era aragonés.

Pues bien; como había cierta tirantez entre Juan Manuel y Parra, Ricardo, que no pensaba las cosas, enamoró a la hija de Pedro, usted si está enterado de ello, Don Nicolás,— y la hizo cometer la más grave falta, dejándola luego plantada; vamos que no había quien le hiciera casarse con la chica.

¡Buena era Juan Manuel para que una mala acción tan gorda quedara así! Ni aunque se la hubieran hecho al más enemigo suyo. Si, si; a cualquier hora lo consentía.... El muchacho que no quería casorio y el padre que había que remediar la falta, que había que ser dignos... Y nada, duro uno y más terne el otro.

En fin, señores míos, que Ricardo fué a parar a un seminario, ¡a él que le gus-



taba tanto la libertad!, y que si no cedé y se casa con la chica de Pedro Parra, a estas horas está en el cementerio porque cuando lo sacaron de allí estaba más seco que un espárrago.

—Eso fué una atrocidad—dijo el se-

ñor Rector—¡Sacrificar á un hombre!
—Amigo mío; aquél hombre era un hijo; los sacrificios de éstos son dobles sacrificios en los padres, luego el sacrificado era Juan Manuel, aquel manchego honra de esta tierra.

El señor Rector, mal humorado, se despidió.

Abuela Asunción, vencedora, quedó afirmando sus palabras.

Al día siguiente, el señor Rector se lamentaba de que durante la noche le habían talado los rosales del huerto.

¡Si hubiera visto las rosas delante del retrato de mi tío Juan Manuel!

No vino el señor Rector á la tertulia de abuela Asunción en unas cuantas noches.

Por fin, cuando ya no le esperábamos, se presentó una noche á la hora acostumbrada.

Mi abuela, discretísima, hizo todo lo posible porque aquella velada fuera agradable para todos; sin embargo, yo notaba cierta preocupación en el señor Rector... Ya cuando se despedían los habituales conversadores, el señor Rector, titubeando un poco, dijo:

—Vaya, señora y señores míos; mañana quisiera que asistieran ustedes á misa, que la aplicaré por el alma de un hombre excelente, amigo de todos ustedes.

—¿De qué amigo?—preguntamos todos.

—Del muy hidalgo D. Juan Manuel Alvarado. ¡Que caramba!, mi señora doña Asunción, es verdad que los manchegos tienen ustedes cosas extraordinarias. ¡Mire usted que no transigir ni por el chico!...

Abuela Asunción no supo que contestar.

Yo, tembloroso, rebotando de júbilo me atreví á decirle al señor Rector.

—Don Benigno, ¿quiere usted que mañana vayamos los amigos de la orquesta á cantar en su puerta una jota aragonesa?... Ruperto, el de la Engracia, la canta como los hijos del Pilar!... Acéptelo, por mi tío Juan Manuel...

LEOCADIO MARTIN RUIZ.

TIERRA LLANA (1) EL CAMPO

ELOGIO

Quisiéramos, antes de caminar por los desiertos de las llanuras, poner unos instantes todo el recogimiento de nuestras pasionales predilecciones en la contemplación y en la lírica glosa de los campos, ya que en ellos se formó nuestro espíritu y por ellos llevamos sobre la faz la mascarilla y la color ardorosa de la

secura y la mirada febril de los videntes.

¡Campo siempre invariable; perspectivas que sólo cambias de color; cielo profundo que parece el seno vertiginoso de lo infinito; noches que hacéis de los llanos, bajo las estrellas, silenciosas criptas de la muerte: en demasía sabéis como son las huellas de nuestros pies, cuales sean las veredas más solitarias y los vientos más templados. Vosotros conocéis la tristeza que nos alejara de los hombres; nuestros secretos, incognoscidos para todos, y visteis que en el terrón árido de vuestros surcos ha caído la amargura de nuestro llanto!

Acordes vivimos con tu entraña, tierra, en el placer y en el dolor, porque nacimos de tu profundidad en donde es polvo nuestra madre, á donde hemos de volver buscando en la muerte la reintegración á la vida en nuevas y simples formas de la vida.

La llanura es tierra de tristeza, porque lo infinito de las landas, el fuego solar y la quietud, secaron la linfa de su suelo en la que corría la esperanza y en la que había fresca de reposo y salud de cantar.

Nuestro campo es una laguna por donde cruza en sigilo la misteriosa góndola de los sueños.

En la eminencia leve y azul de las montañas circundantes arde en tripodes invisibles el holocausto de nuestro martirio.

El paisaje y los hombres, la pasión y la muerte tienen la inmovilidad alucinadora y espejista de los desiertos.

La vida cruza nuestra tierra como un río exiguo y agotado que se escurre con perezas de renunciación.

Ruedan las norias buceando en el corazón de la llanura para beber su honda y fresca sangre; crujen las espigas bajo la mordedura del sol; pasa el viento como una llama enterrada, y todo el campo se desdobra en humillaciones de lejanía, arteramente, para carbonizar en contactos y en besos de llama los sangrientos pies del caminante.

Las aguas de los ríos van cantando en el silencio el fracaso del amor y de las guerras santas.

En las criptas conventuales se retuerce el ánimo de Domeniko, el atormentado pintor de los secos misticismos, y por sobre la huella amarilla de los vericuetos delira el fantasma de Don Alonso Quijano el Bueno.

Sobre los montículos y la candidez y la bondad de las planicies aureolan desmedradas las caperuzas de los viejos molinos. Los fantasmas amenazadores de los gigantes brazos se han parado á mirar al paisaje dormido de perezas, recordando al intrépido engañado. Y en las aspas rotas, el viento—nuevo Pan—toca el pífano de la desilusión bajo el limpio cielo, luminoso como un paño sagrado, estallante como el son de un clarín.

Y de tal modo, por último, conocimos la vida del campo, que los paisajes fueron nuestros mejores amigos y por ellos conocimos la verdad del silencio, la clarividencia de las soledades y la melancolía de los crepúsculos soñolientos.

Las rubias mañanas invernales nos enseñaron optimismo; las noches de luna hiciéronnos algo poetas, y las oscuras otoñadas infundieron un poco romanticismo en nuestro corazón. En un día de Abril enloquecimos de inquietud y en una noche de Junio tuvimos tales imprecisas ansias que no supimos si acabar en llanto ó dar un brinco sobre la irrealidad de la muerte.

Y queremos tanto á los caminos, y á los surcos que parecen reunirse al lejos como manojos de cuerdas, y á las charcas que espejan en los barrancales, y á las fugitivas sombras de las nubes que corren sobre los sembrados, y al ropón terrenal con que se cubren los labrantíos en otoño, y á toda la multiformidad y la polifonía de las cosas y los ruidos campesinos, que ya solo podemos vivir en las llanuras pensando en que al morir un hoyo ancho acoja nuestros huesos, y en que sobre él sea la hierba más alta, más oscura, más lozana en las primaveras, sobre la que algún pájaro errante deje su lirismo fugitivo como una, la única, oración.

Hemos visto un crepúsculo entre montañas, bajo la cortadura de un desfiladero. La cinta lívida que zigzagueaba entre los picos de la cumbre tenía la color de los ríos bajo la luna ó al amanecer. Las sombras se desgarraban cayendo en la torrencera como rotos fantasmas y la angostura del desmonte se oprimía en un abrazo de las penumbras. En toda la sierra se hacían lagos de sombra, y los picos se acortaban en la proyección sigilosa de sus espectros. Con igual precipitación que llegaba la noche parecía escapárenos el aire.

Tal fué nuestro agobio de confinamiento que recordamos amorosamente la gama sutil de nuestros crepúsculos, la lentitud de sueño con que agoniza la luz y el lecho de púrpura, plácido como un río, en donde se acuesta el sol en un sumergimiento de grandezas caídas.

Así que nuestra vida es solo quimera; la soledad es el ensueño; las esperanzas un desventurado delirio, y si nos miran con hondura amorosa unos ojos de mujer, esas pupilas son los carbonos que encienden la hoguera de nuestro infortunio convirtiendo nuestra boca en una horrible llama.

¡Campo invariable; cielo profundo que parece el seno vertiginoso de lo infinito: para cantar vuestra grandeza teneis en la chata cimera de un montículo un molino de viento tocando en sus aspas el suave, agonioso y amargo pífano de la desilusión!

ARTURO GÓMEZ-LOBO.

(1) De un libro próximo á publicarse. Introducción á la primera parte.

LOS GRANDES POETAS MODERNOS

Dante Gabriel Rossetti.

Al comenzar á escribir estas líneas, acabo de hojear amorosamente los más bellos poemas de Dante Gabriel Rossetti, y tengo ante la vista reproducciones de sus mejores obras pictóricas: *Beata*



Beata Beatrix

Beatrix, La Amada, El sueño de Dante, Mariana, por solo citar algunas.

Imposible es separar, al proponerse presentar, siquiera sea brevemente y al volar de la pluma, algunas notas sobre la obra de este gran artista, las dos manifestaciones en que su genio se ha exteriorizado. En él, las creaciones del pintor y los sueños del poeta se unen estrechamente, armonizan y, en cierto modo, hasta pudiera decir que se completan. Al leer sus versos, ¿cómo no recordar las visiones de suprema belleza que dejara en sus cuadros? Y al contemplar sus cuadros—aunque solo fuese en frías reproducciones—es imposible olvidar las imágenes y la música de sus versos. Brotó del mismo tronco, se nutrió de la misma savia y por el fuego de la misma inspiración fué iluminada esta doble floración maravillosa.

Hace diez ó doce años, una joven generación literaria, en la que figuraban muchos de los nombres de nuestros más ilustres escritores de hoy, comenzaba á atraer la atención del público. Entonces, se hablaba, á raíz del desastre colonial, de renovación de vida, de transmutación de todos los valores morales, sociales y estéticos. Y se buscaban, ó en el pasado, ó fuera de nuestra patria, nuevas orientaciones para el pensamiento. Con más cariño que nunca se repi-

tieron los nombres de Berceo, del Arcipreste de Hita, del Marqués de Santillana, de Gracián; al mismo tiempo que los de Verlaine, Ibsen, D'Annunzio, Nietzsche, Maeterlinck y otros muchos entre los cuales apenas si fué por alguien recordado el de Dante Gabriel Rossetti. Y sin embargo, ¿no son mucho más bellos sus poemas que las extravagancias—no siempre de buen gusto—de Bandelaire y la fraseología incomprensible de Mallarmé; entonces de moda?

Rossetti nació en Inglaterra, de padres italianos. Aunque italiano por la sangre, por el nombre y en gran parte por su educación literaria y por su gran amor á los pintores primitivos de Italia, á Inglaterra corresponde el honor de contarle entre sus más geniales artistas y poetas modernos. Su genio pictórico floreció en la patria de Reynolds, y sus poemas cristalizaron en el idioma de Shakespeare.

Hacia la mitad del siglo pasado formó parte del grupo ó hermandad pre-rafaelista (*the Pre-Raphaelite brotherhood*), en unión de otros varios artistas entre los que figuraban Holman Hunt, Millais, Collinson... Caracterizó las tendencias por ellos iniciada el desprecio absoluto hacia los convencionalismos académicos y hacia los cánones de belleza clásica. Buscaban en la investigación directa del natural—libre de todo prejuicio—la conquista de algo que fuese á la vez la verdad y la belleza artística. Los pintores que precedieron á Rafael fueron, según ellos, los que más se aproximaron á este ideal. De ahí el nombre dado á la nueva escuela, aunque en realidad debiesen á los maestros primitivos mucho menos de lo que este nombre parece significar. Ruskin fué el llamado á adivinar la gran trascendencia y alta significación de la escuela pre-rafaelista y á señalarle una orientación definida, sacándola de un laberinto de tendencias confusas y de ideas contradictorias.

Rossetti es de los artistas que más se han esforzado por llegar—tanto en sus cuadros como en sus poemas—á la más alta expresión de la belleza femenina. Traduciría de buena gana varias estrofas de uno de sus poemas más admirables, *The Blessed Damozel* para hacer ver ese tipo femenino de exquisita belleza y de serena espiritualidad que presenta en casi todas

sus obras. Pero temo profanar, traduciendo torpemente, esta página tan delicada.

Ha sido uno de los artistas que más ha desdeñado el vano ruido de la populachería. A excepción de una sola vez, al principio de su carrera, nunca quiso enviar sus cuadros á ningún concurso. Hasta 1870, doce años antes de su muerte, no publicó, reunidos en un volumen, sus bellos poemas. Y sin embargo, lo mismo como pintor que como poeta, no tardó en conquistar el merecido renombre, primero, entre una minoría de elegidos, y después, entre el gran público.

No quiero señalar aquí mi preferencia por alguno ó por varios de sus poemas. No es Dante Gabriel Rossetti de los escritores que abrumen al lector con páginas inútiles. Sus obras deben ser leídas por completo. Todos sus poemas, todas sus breves canciones, de un ritmo ligero, caricioso y musical, al igual que los sonetos reunidos con el título de *La Casa del Amor*, son fuentes inagotables de la honda y sincera poesía.

Los incidentes externos de la vida de Rossetti—dice F. Hueffer—su biografía, puede ser resumida en pocas palabras. Su pensamiento estuvo enteramente consagrado á su trabajo. Aún poseyendo una gran cultura y no obstante haber sido un evidente *causeur*, vivió casi por completo apartado de la vida social, pero fué un amigo cariñoso y ejerció en torno suyo esa tan curiosa fascinación personal que encontramos con tanta frecuencia, unida al genio. En 1860 contrajo matrimonio con Miss Elisabeth Siddall, que murió en 1862.

Dante Gabriel Rossetti murió en la primavera de 1882. Aquél amante fervoroso de la soledad y del silencio duerme el último sueño en la paz de un ce-



El sueño de Dante.

menterio aldeano. Y hasta él llega la voz del mar, de ese mar á la vez amoroso y terrible, tan bellamente cantado por los poetas ingleses.

ANTONIO HERAS.

LA SINFONIA CERO

Mi buen amigo y jamás bastante ensalzado compañero Perogrullo, formuló, largo tiempo ha, el viejo axioma de que los compositores genuinamente sinfonistas eran tres: Haydn, Mozart y Beethoven. Con él están de acuerdo todos los musicólogos, tanto los técnicos como los dilectantes.

Lo que no dijo Perogrullo, aunque en el fondo constituye una solemne perogrullada, es que la fecundidad de esos sinfonistas y la consistencia de sus obras se hallaban en relación inversa.

De las 125 sinfonías compuestas por Haydn, la casa Breitkopf-Hartel sólo ha impreso 14, porque las restantes no merecen la pena de ser conocidas. En el haber de Mozart figuran unas cuarenta, pero no pasa de media docena el número de las que han llegado a popularizarse. En cambio, Beethoven sólo compuso nueve o diez, y todas ellas son hoy ejecutadas y gustadas.

¿Nada más que nueve o diez? ¿Quién puede afirmarlo rotundamente? ¿Quién puede negar, bajo su palabra de honor, que yacen otras escondidas en los archivos de alguna biblioteca para nutrir a los ratones, o que perecieron, vendidas al peso, como papel viejo para envolver hortalizas o géneros comestibles?

Corremos el riesgo constante de que, cuando menos se piense, salte una sinfonía. Lo malo es empezar, y esto acaba de ocurrir, pues la primera de las hasta ahora ignoradas ha aparecido en Jena. Como tiene sabor de juventud, y no era cosa de correr la numeración, se la ha designado con el número *cero*, lo que sumado a las otras nueve, da diez sinfonías beethovenianas. En el concierto con que inauguró esta temporada la Orquesta Sinfónica, ejecutó la *Sinfonía cero*, de Beethoven, es decir, la descubierta por Fritz Stein en Jena.

Y las opiniones se dividieron, pues al lado de los que venían asomar el espíritu del gran músico a través de aquellas notas, entre los cuales figuran todos los críticos musicales de la prensa madrileña, hubo quienes enunciaban la posibilidad de que todo se redujera a una mixtificación editorial.

La humanidad es así. Contadle algo improbable, y lo pondrá en duda. Lo cual no obsta para que crea a pies juntillos lo increíble; así, por ejemplo, dos siglos atrás habría negado la navegación aérea, pero tomaba en serio los supuestos maléficos de las hechiceras.

Yo siento verme obligado a actuar de crítico, pues mis lectores reclamarán una opinión exacta, contundente, remachada con silogismos y qué sé yo cuántas cosas más de índole científica. Ya que no todos, por lo menos algunos. Y estos

pocos me negarán la patente de competencia, si yo me limito a apuntar con la mayor timidez posible un hipótesis dictado por el sentimiento. Disculpenme en gracia a que las obras artísticas se miden por la emoción y no por la inteligencia.

En torno a la contienda suscitada sobre la autenticidad o la falsedad de la *Sinfonía cero*, que unos tienen como hijo natural, aunque no bautizado, de Beethoven, en tanto que otros le juzgan adulterino, me limitaré a apuntar algunas breves consideraciones.

No han faltado casos de timos artísticos: Meyerbeer es un timo sin precedentes en la historia de la música. Concretándonos ahora a los cometidos por falsificadores, hay que notar que gracias a ellos, algunos compositores han aumentado los repertorios de los dilectantes con obras póstumas que jamás escribieron, como Weber con su *Último pensamiento*, que no es suyo.

Estas mixtificaciones se hacen de un modo reflexivo conservando el ambiente de época y el espíritu del autor, o se efectúan a la pata la llana, como diría algún imitador de Perogrullo. Ejemplo del primer tipo de imitación se encuentra en cierta supuesta pintura del siglo XV, adquirida no ha mucho a un alto precio en esta corte de los milagros ya que se había pintado en el siglo XX de la Era cristiana.

La *Sinfonía cero*, de ser, como lo acreditan el estilo y la instrumentación, obra de juventud de Beethoven, resulta demasiado bella para haberla producido este artista.

A las alturas en que se le encontraba por los años en que se le supone dedicado a escribir dicha obra, su formación musical no podía suministrarle aún esa facilidad de pluma y ese dominio de la técnica tan perfecto, tan acabado, tan impecable. Esto dicen unos. En su apoyo aparece la consideración de que no es tan fácil crearse un estilo como *pastichar* el ajeno. ¡Cuántos pintores fracasan, al hacer una producción original, en tanto que, metidos a copistas de maestros antiguos, obtienen un éxito franco.

Yo barrunto que la *Sinfonía cero*, fresca, jugosa, bellísima, imbuida en Haydn, en Mozart y en Beethoven, está escrita por un falsificador habilidoso; y acaso por no ser del Beethoven, aún poco maduro, sino de un compositor formado en su arte y dueño de las viejas técnicas, esta *Sinfonía cero*, gana en encanto. El supuesto de una mixtificación no autoriza a desestimar sus páginas tan suaves y tan exquisitas. El nombre no hace a la cosa, sino la cosa al nombre. Así *Parsifal* no es una obra bella, por haberla escrito Wagner; más bien Wagner es grande por haber produci-

do *Parsifal*. Buscar el nombre del autor para formular el juicio de una obra revela la más portentosa falta de gusto, y este criterio absurdo que ha inspirado tantas atribuciones apócrifas como suelen abundar en los Museos. La sin razón de tal norma crítica se demuestra con solo señalar que algunos lienzos medianos de grandes artistas son inferiores a otros anónimos, debido a que no hay Homero que no sesteé algunas veces.

La *Sinfonía cero* tiene un primer tiempo sencillo, a ratos severo y a ratos dulce, con su vigorosa melodía inicial de marca beethoveniana, su divertimento en contrapunto que hace pensar un poco en Schubert, su segundo tema que recuerda a Haydn, y sus cadencias en trinos, precedidos de escalas que evocan la técnica de Mozart. El tiempo lento es sobrio en su línea melódica, un poco gluckiana. El tercer tiempo es un *minuetto* de Stamitz o de algún compositor de la escuela de Mannheim, con una modulación algo atrevida y un retorno al tono, que recuerda otros pasos análogos del propio Beethoven. El último es sutil, alado, ligero y gracioso como ciertos *allegros* de F. M. Bach, de los compositores galantes y del primer gran sinfonista.

Para terminar, la *Sinfonía cero* no es de Beethoven, podría serlo, sin embargo; y si lo es, no merece serlo. Evoca esos cuadros de época que descubre en una bohordilla cualquier explotador desaprensivo, y que, retocados hábilmente, pasan por obras de grandes maestros. Quizás dentro de unos cuantos, no muchos años, cuando haya dado la vuelta al orbe esa *Sinfonía cero* tan graciosa, tan fina y tan interesante, pero tan poco beethoveniana, un musicólogo alemán reflexivo demostrará con múltiples e incontrovertibles razones técnicas, una mixtificación que solo apunta hipotéticamente el incompetente firmante de estas osadas líneas.

José SUBIRÁ.

REAL FÁBRICA
de
**PAÑOS, BAYETAS
Y MANTAS**

Buena calidad, esmerada confección.

Federico Pajarón
Hijo y Sucesor
de Manuel Pajarón.
Calderón de la Barea, 15 y 17
CUENCA